

863
5.

PQ6565

.S4

M3

v.6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
P. U. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

EL DEDO DE DIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vamos á ver cómo las paredes oyen.

—Hermosa Herminia, estais sumamente pálida, el magnífico azul de vuestros ojos brilla como el cielo cuando el sol se pone, bajo la extensa y ancha sombra de vuestras pestañas. No sonreís sin duda para dejarme ver y admirar el armonioso dibujo de vuestra boca. La tristeza os sienta tan bien como la alegría. Creedme, bella niña; podeis enloquecer al mundo lo mismo sonriendo que llorando. He sabido que habeis pasado la noche agitada, y al saberlo he temblado por vuestra belleza; pero os contemplo y me

tranquilizo. La seriedad que baña vuestro semblante da más precision á la pureza de las líneas; el desórden en que caen vuestros abundantes cabellos realzan la majestad de la frente, sombrean en admirable abandono la suave redondez de la garganta, y queriendo esconder bajo sus arrogantes ondas la graciosa gallardía de los hombros, la descubren en vez de ocultarla. Os lo aseguro, sois el tipo ideal de la mujer, el tipo intachable, el tipo supremo, y os hallais en este instante en la plenitud de la belleza. ¡Oh mi querida Herminia! no os alegréis jamas, os lo suplico, no os peñeis nunca.

De esta manera hablaba Lord Walbrook, muellemente reclinado en una butaca, contemplando á la hermosa Herminia con esa atencion apasionada y fria á la vez con que un artista consumado examina los acabados pormenores de una bella estatua.

La jóven miraba al Lord con la impasibilidad con que las obras de arte se dejan admirar por los artistas. No era, por lo visto, la primera vez que recibia tan lisonjero homenaje, y oia las palabras del Lord, si no con

completa indiferencia, á lo ménos sin satisfaccion y sin sorpresa; ni la sonrojaban ni la envanecian. Ó veia en las alabanzas que Lord Walbrook le tributaba la cosa más justa y más natural del mundo, ó le era de todo punto indiferente ser hermosa y ser celebrada. Yo por mí no me atrevo á resolver el caso, y sólo aconsejo al lector que, si puede, aplace el juicio para más adelante. Entre tanto, oigamos:

—Creo, contestó ella, que habeis equivocado el camino, pues advierto que podriais llegar á ser un gran poeta.

Inclinóse Lord Walbrook en sentido afirmativo, y añadió:

—Sin duda alguna, querida mia. ¡Oh! estoy seguro de ello; si no fuera Lord Walbrook habria sido Lord Byron; pero ya veis, he nacido despues, y volver atras no me trae cuenta.

—Pensais juiciosamente, dijo la jóven; pero decidme, Milord, ¿á qué debo el honor de esta visita? No soleis verme todos los dias, y á la hora en que hoy habeis venido no nos vemos nunca.

— Ciertamente, bella Herminia; y eso os probará que me he apresurado á enterarme por mí mismo del estado de vuestra salud, y por primera vez he penetrado en vuestra habitacion sin anunciarme, y vais á tener la bondad de oír mis excusas. Anoche me desperté en lo mejor de mi sueño; imaginaos que estaba soñando la mayor delicia del mundo; me sentia transportado á..... no sé dónde..... el lugar importa poco, porque no he pensado nunca sériamente adónde iré despues de muerto; pero mi idea fija es el modo de morir, el modo, que es la forma, y la forma lo es todo para mí; soñaba, pues, la muerte más original y más bella que puede imaginarse, cuando..... ya lo he dicho, me desperté. Abrí los ojos y se disipó mi sueño, sin dejarme más que el recuerdo confuso, la imágen indecisa de mi soñada muerte. Desperté como el que resucita, que es la mayor contrariedad que puede afligir á un hombre despues de muerto, y oí ruido dentro del palacio y voces en la calle, y deduje que para tanto alboroto debia ocurrir algun suceso extraordinario. Me encogí de hombros mental-

mente, dí media vuelta y cerré los ojos buscando mi sueño perdido. Esta mañana se ha dignado Tom dirigirme la palabra sin que yo le preguntase, y por él he sabido que habeis pasado muy mala noche, y he venido contra todas las reglas de la costumbre á sorprenderos con esta visita extraordinaria.

— ¡Ah, Milord! exclamó Herminia. ¡Cuánto os lo agradezco!

— Y bien, hermosa niña, ¿qué ha sido ello? preguntó Lord Walbrook.

— Una cosa, contestó ella, parecida á un sueño. Imaginaos que despues de acostada despedí á Mari, que se retiró dándome las buenas noches. Quise dormirme y no pude conseguirlo, porque mis párpados se negaban á cerrarse y mis esfuerzos eran inútiles. Creí que la luz de la lamparilla, á pesar de la pantalla que la cubria, alimentaba el insomnio que se habia apoderado de mí; queria dormirme á toda costa, y ved qué locura, apagué la luz. Entónces, ved qué capricho, tuve miedo de la oscuridad. Era un miedo pueril, tan pueril, que no me determiné á llamar á la doncella, temerosa de que se ri-

yera de un miedo que, como comprendeis, Milord, la hubiera hecho muy poca gracia. Pasaban por delante de mis ojos sombras invisibles y llegaban á mis oídos mudos rumores. Veía todas las luces que tiene la oscuridad y oía todos los ruidos que acompañan al silencio. Comencé á dudar si estaba dormida ó despierta, cuando percibí distintamente el crujido sordo de un vidrio que se rompe.

Lord Walbrook la interrumpió diciendo :

— Todo eso es muy interesante y me tenéis con la boca abierta.

— Pues esto no es nada, dijo Herminia con encantadora naturalidad. Ahora veréis.

— Perdonadme la interrupcion, añadió el Lord, y proseguí; nos hemos quedado en el momento crítico en que cruje un vidrio que se rompe.

Herminia continuó de esta manera :

— No sé lo que hubierais hecho, pero yo alcé la cabeza, que no encontraba descanso sobre las almohadas, y apliqué atentamente el oído. El pasador de una ventana rechinó suavemente. No supe qué pensar y lo pensé

todo. Aparté poco á poco las cortinas de la cama y alargué la mano buscando el cordon de la campanilla, porque estaba resuelta á llamar á Mari. Mas de pronto me asaltó la idea de que otra mano iba á coger la mia. Así permanecí algunos instantes hasta que sentí en el rostro y en las manos como una onda muy suave de aire frio. Entónces reflexioné y estuve á punto de echarme á reir. Os diré lo que me ocurrió. Yo dije: Mari no ha cerrado bien los cristales, el aire ha empujado y se han abierto. ¿No os parece esto muy natural?

— Naturalísimo, contestó lord Walbrook.

— Cobré ánimo, siguió diciendo ella, y quise darme á mí misma una prueba de valor. Alargué el brazo heroicamente, encontré mi bata, me la puse y salté sobre la alfombra.

— ¿Adónde ibais? preguntó Lord Walbrook.

— ¡Oh! contestó la jóven con cierto orgullo: á cerrar yo misma la ventana que Mari se habia dejado abierta.

— Eso fué una temeridad, señorita, re-

plicó Lord Walbrook reconviniéndola con dulzura. Os expusisteis á coger una perlesía, y las perlesías desfiguran horriblemente.

Herminia dejó ver una sonrisa fugitiva y continuó diciendo :

—Yo iba á tientas, y cuando me creí cerca de la mesa de los candelabros, me encontré junto al sofá. Allí me detuve para recobrar el tino perdido. Mas, ¡ay Milord! de repente se iluminó la estancia y me encontré delante de un hombre, cuyo rostro me pareció horrible, y que sorprendido con mi presencia, retrocedió volcando el velador de porcelana. Lancé un grito, mis ojos se oscurecieron, me faltaron las fuerzas y caí desfallecida al pié del sofá. Creo que llamé á Mari..... y..... ya no puedo contaros más.

—Lo comprendo, dijo Lord Walbrook; pero ¿qué quería ese hombre de mi más bello tipo, puesto que se permitió escalar estas habitaciones?

—De mí, nada, Milord, contestó la jóven; de vos, todo..... todo cuanto hubiera encontrado á la mano.

Hizo nuestro ilustre inglés un gesto, el

único con que alguna vez en las grandes ocasiones solía alterar la grave serenidad de su impassible rostro; gesto que en buena ortografía venía á ser como un signo de admiración desdeñosa. Despues preguntó á Herminia :

—¿Quereis cambiar de habitaciones? Elegid las que más os agraden, y hoy mismo podeis quedar instalada.

—No, no, se apresuró á decir ella. Estas habitaciones son las que más me agradan; ya estamos prevenidos y no se determinarán á una segunda tentativa; ya veis que el éxito de la primera no es para animar á nadie.

—Gracias á vuestro valor, hermosa Herminia.

—Decid más bien, gracias á mi miedo.

—De todas maneras, añadió Lord Walbrook, es preciso ponerlos á cubierto de un nuevo susto, para lo cual he dispuesto que dos criados de la casa, provistos de excelentes carabinas, vigilen durante la noche los alrededores del palacio por la parte interior de la verja. Para este servicio voy á elegir á Black, cuyos ojos de buho ven al traves

de las más espesas tinieblas, y á Queen, que oye hasta lo que no suena. De este modo podréis dormir tranquila.

La jóven replicó con viveza:

—Ay, Milord, vuestras precauciones me parecen excesivas. Vais á convertir el palacio en una fortaleza. No os falta más que abrir un foso, ponerle un puente levadizo y declararos en plena Edad Media.

—¡Es una buena idea! exclamó lord Walbrook. Reune lo original y lo útil. Veréis; substituiremos la verja con un muro almenado, abriremos un foso ancho y profundo, tendremos nuestro puente levadizo, y colgaremos de una almena al primer ladron que se presente. Así saldremos de la vulgaridad de estos palacios que parecen de carton, y evitaremos que los malhechores nos sorprendan dentro de nuestra casa.

—Cierto, añadió la jóven; pero advertid que eso sería de malísimo gusto en nuestro hermoso siglo.

—Convengo en ello, señorita; mas yo os pregunto: ¿quereis que nos dejemos robar?

—Ah, exclamó Herminia con cándida

formalidad; ésa no es cuenta vuestra; la sociedad entera pondrá de vuestra parte toda su indignacion el día en que os hayan robado; la inmensa policia que vela por la seguridad de los ciudadanos buscará al ladron aunque sea en el centro de la tierra, encuéntralo, ó no lo encuentre, y el juez instruirá inmediatamente el proceso. ¿Qué más quereis?

—Me habeis convencido, dijo Lord Walbrook muy sériamente; y advierto ademas que la muralla oscureceria estas habitaciones que no quereis abandonar. Os hago, pues, gracia del muro, del foso y del puente levadizo, y reduzco la vigilancia del palacio á los ojos de Black y á los oidos de Queen.

Herminia no insistió aunque parecia algo contrariada, y Lord Walbrook cambió el rumbo de la conversacion, diciendo:

—Sin advertirlo acabais de adoptar la posicion artística en que os vi por primera vez. Estais como en el retrato; la misma palidez, la misma sombra sobre la frente y la misma precision de perfil. Cualquiera diria que os hallais dominada por el mismo pensamiento. Sólo os falta aquella gota de sangre que se

deslizaba por vuestra sien como una lágrima del corazón. ¡Ah! no variéis de postura; os encuentro así perfectamente, juntaís al encanto de la realidad el atractivo del recuerdo. Pronto hará un año que os encontré, y me estais haciendo creer que éste es el primer instante en que os veo. Os copiais admirablemente.

No pudo Herminia contener un suspiro que salió ahogadamente de su pecho, y dijo:

—Por agradable que sea para mí la admiración que desde el primer momento me tributasteis, os aseguro, Milord, que el recuerdo que evocais me entristece.

—Bien, Herminia; no hablemos más de ello. Buscad otro asunto que alimente vuestra conversacion, porque si me lo permitis voy á que me sirvan té en vuestra presencia.

—Yo misma os lo serviré.

Dijo levantándose y haciendo sonar la campanilla con que llamaba á su doncella, la cual, algo más despierta que la noche anterior, se presentó inmediatamente. Tambien estaba pálida la doncella, porque la narra-

ción del suceso la tenía aterrada. Además estaba indignada contra sí misma, y aseguraba que no se perdonaría nunca la torpeza de no haberse despertado á tiempo para auxiliar á su señora.

Ésta, al verla entrar, le dijo:

—Mari, acercad ese velador y despues traednos un servicio de té.

La órden fué inmediatamente ejecutada.

Lord Walbrook tomaba té á cualquier hora. Acercó á sus labios la pequeña taza de china que Herminia le presentó, y saboreando impasiblemente el perfumado líquido, exclamó:

—¡Oh! veo que os aburris soberanamente. Sois francesa y permanecéis muda. Esto es incomprendible. ¿Qué os preocupa?

—Nada, Milord.

—Estamos en España por vuestro gusto.

—Cierto.

—¿Os cansa ya Madrid?

—No.

—A mí me es indiferente cualquier punto de la tierra; podeis elegir el que gustéis.

—Sois muy complaciente conmigo y os

lo agradezco. La galantería inglesa es muy sería; pero ¡ah! es muy fina. Iré donde me lleveis.

— Puesto que no os desagrada permacer en Madrid, quedémonos. Mas decidme, ¿por qué mostrasteis tanto empeño en venir á España?

—¿Me permitis hacer una pregunta ántes de daros la respuesta?

—Hacedla.

—Pues bien, Milord, ¿por qué os sorprende ahora el empeño que entónces tuve?

—Os lo diré: porque ahora veo que habeis venido á Madrid á sepultaros, y no me parece la córte de España mejor cementerio que la capital de Francia. En París os dejabais ver, no erais allí tan avara de vuestra hermosura, y aunque es verdad que preferiais los sitios retirados y solitarios, huyendo de las grandes concurrencias, no obstante, creo que ibais con frecuencia al teatro de la Ópera. Yo os ví alguna vez en vuestro palco. Pues bien, aquí os habeis encerrado entre las cuatro paredes del palacio, ó mejor dicho, en estas habitaciones..... Salis, es cierto, pero llevais siempre cerrada la berlina.

Estoy seguro de que nadie os ha visto aún. Mas veo que tampoco os agrada esta conversacion, y reconozco que ha sido una impertinencia suscitarla.

—No, Milord, replicó ella; hablemos de esto; es un asunto como otro cualquiera, y quizá me complace más de lo que creéis, porque me agrada vuestra curiosidad, y las mujeres somos así; nos gusta mucho interesar, y nada interesa tanto como un secreto. La mujer que consiga hacerse incomprendible tendrá un atractivo más á los ojos de los hombres, que se empeñan en comprendernos. Creedme, en mi conducta se encierra un gran secreto.

Al terminar estas palabras dejó oír una dulce carcajada, la misma que Lanuza oyó apoyado en la pilastra de la verja la noche que vió el perfil de Mari. Por un movimiento, cuya naturalidad no podia ser dudosa, á la vez que se reia volvió Herminia la cabeza, echando una ojeada hácia uno de los ángulos de la habitacion contiguo á la cama, y siguió diciendo:

—Un gran secreto, Milord, que me he

reservado sin más fin que el de poner á prueba el alcance de vuestra perspicacia; ya veis si pienso en vos. Yo me pregunté: ¿qué haría para distraer á Lord Walbrook, que se matará el día que encuentre la muerte que busca? y no supe qué contestarme. Quise venir á Madrid y vinimos, preferí la soledad á la compañía, me escondí para ver sin ser vista, y me dije: los curiosos se harán lenguas, y Lord Walbrook querrá muy justamente conocer la razon de mi conducta. Pero hé aquí que Lord Walbrook no piensa en semejante cosa, y experimento un terrible desengaño al ver que un secreto no le inspira interes. Imaginaos, Milord, cuán agradablemente me habréis sorprendido al dejarme entender que tambien vos deseais penetrar mi secreto. Mi satisfaccion es completa, puesto que os he hecho sentir algo, aunque este algo no sea más que curiosidad. Ahora bien; ¿quereis sondear el misterio? pues poned en ejercicio vuestra perspicacia. Dejad de pensar en la muerte, que no encontráis, y pensad en mí, que estoy en vuestra presencia; adivinadlo.

Lord Walbrook tuvo la bondad de sonreirse, y exclamó:

—¡Oh! me proponeis un enigma sumamente fácil.

—Descifradlo pues.

Miró el inglés atentamente á la jóven, y ésta bajó los ojos; él dijo:

—Sentiria haceros perder vuestras ilusiones.

—¿Sin duda conoceis mi secreto? preguntó Herminia.

—Sin duda, contestó impasiblemente Lord Walbrook.

Esta vez fueron los hermosos ojos de la jóven los que se clavaron en el semblante de Lord Walbrook; pero era imposible leer en la cara del inglés ni una letra de su pensamiento; presentaba la seriedad de un libro cerrado.

—¡Imposible! exclamó ella redoblando la atencion de su mirada.

—Imposible, repitió Lord Walbrook. Vos lo decis, y sin embargo tratais de leer en mi rostro lo que apénas podeis ocultar en el vuestro.

Un ligero matiz sonrosado se extendió por las mejillas de la jóven. La inesperada salida del Lord la había desconcertado.

—Bien, añadió reponiéndose; si sabeis mi secreto, decídmelo.

Volvió á sonreirse Lord Walbrook, y esto era extraordinario, porque en tan poco tiempo no se había sonreído jamas dos veces. En verdad, no le hizo á Herminia mucha gracia esta segunda sonrisa, y no pudo disimular su sorpresa cuando le oyó decir:

—Vuestro secreto no me pertenece, y por lo tanto no tengo derecho á decirlo ni á vos misma. Además, sería cruel que por daros una prueba del alcance de mi perspicacia mortificáramos vuestros oídos con un relato que os debe ser enojoso. Moveis la cabeza con ademán incrédulo tentando mi vanidad, y no obstante, me resisto; sería una imprudencia hablar de lo que tan secretamente guardais, porque ya sabeis que las paredes oyen.

Palideció Herminia, y sonriéndose dijo:

—Me dejais convencida. Conoceis la mitad de mi secreto; pero me permitiréis que

os diga que no lo ha sorprendido vuestra perspicacia. Confesadme que os lo han contado. ¿Quién, Milord, quién os ha hecho esa confidencia?

—Imaginaos, hermosa Herminia, quién pudo ser. ¿No lo adivináis? pues os lo diré; me lo contó detalladamente el.....

Herminia se puso de pié súbitamente, y extendiendo la mano sobre el rostro de Lord Walbrook como queriendo contener la palabra que iba á salir de sus labios, exclamó:

—No, no pronuncieis su nombre.

—¿Por qué!..... preguntó el Lord, admirado de tan repentino arranque.

—Porque..... contestó ella soltando una nueva carcajada. Vos lo habeis dicho: «las paredes oyen.»

—Ciertamente, así lo he dicho; mas como ha muerto.....

—¿Muerto!.....

—Sí.

Dejó caer la jóven la cabeza sobre el pecho murmurando:

—No lo sabía.

—Perdonad mi indiscrecion, creí que es-

tabais enterada de su muerte, y ahora advierto que como vivís tan solitaria no sabéis nada de lo que pasa en el mundo. Mas tranquilizaos, pues en verdad no teneis grandes razones para llorarlo. Es un error creer que los desengaños son tristes, cuando ellos son los que más enseñan.

Alzó Herminia su gallarda cabeza, echando hácia atras los dorados rizos que coronaban su frente, y cruzando los brazos con suprema arrogancia, dijo:

—Milord, ¿no habeis sentido nunca en vuestra alma la centella de la venganza?

—¡Oh! contestó el inglés; la venganza es el placer de los dioses.

—¿Qué habriais hecho, siguió diciendo la jóven, con el yankee que os robó la felicidad de la muerte que habiais soñado?

—¡Ah! exclamó Lord Walbrook apretando los puños con semblante impasible.

—Pues bien, continuó ella; á mí me han robado la felicidad de mi vida, y necesito vengarme. Ahí teneis todo mi secreto.

—Soberbia actitud, exclamó el Lord contemplando á Herminia. La indignacion os

sienta tan bien como la tristeza, y el dolor os hace tan bella como la alegría. Sois un tipo admirable. No os movais; que recoja yo todos los detalles artísticos de vuestra actitud.

Y poniéndose de pié buscó el punto de vista adelantando y retrocediendo, como quien examina una estatua.

—Bien, prosiguió diciendo; los pliegues de vuestra bata caen soberanamente. Poseeis la belleza original, sois el primer ejemplar de mi coleccion; es decir, el primer ejemplar del mundo. Vengaos, hermosa criatura, mas no abuseis del placer de la venganza, que puede trastornar la armonía de vuestra belleza.

Y retirándose poco á poco, andando de espaldas para no dejar de ver la figura que excitaba su fria admiracion, retrocedió hasta la puerta, echó la última ojeada, y haciendo un movimiento de aprobacion salió de la estancia, diciendo:

—Sólo *Bel-Khrer* es tan bello como Herminia.

En cuanto Lord Walbrook hubo desapa-

recido, corrió Herminia á la puerta por donde lo habia visto salir, y allí se detuvo un momento hasta que las pisadas del ilustre Lord se perdieron en la bóveda de la escalera interior que subia al piso principal del palacio. Entónces cerró la puerta, asegurándola por medio del pasador, y atravesando la estancia con pasos majestuosos que marcaban con riguroso compas la graciosa cadencia de sus movimientos, se dirigió al extremo opuesto murmurando entre dientes :

—Vamos á ver si las paredes oyen.

Allí aplicó la mejilla al papel aterciopelado de que estaban vestidas las paredes, y dijo con voz apagada pero penetrante :

—¿Habeis oido?

El muro recogió estas palabras, y una voz interior, semejante á un soplo, contestó :

—Sí.

CAPÍTULO II.

La primera escaramuza.

Inmediatamente despues que la pared interrogada contestó *sí*, apartó Herminia un sillón que ocupaba aquel ángulo de la pieza, oprimió con su dedo sonrosado el botón amarillo de una de las flores que matizaban el papel de las paredes; el muro se estremeció crujiendo interiormente, y se abrió de pronto.

—Salid, dijo la jóven, y una sombra apareció en el umbral, haciendo retroceder á Herminia, asustada al verla dibujarse en la oscuridad del hueco que formaba la puerta.

—¡Caballero! exclamó, comprendo muy bien que habréis pasado una noche horrible encerrado en esa pequeña pieza estrecha como un ataúd y oscura como un sepulcro,